

## DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

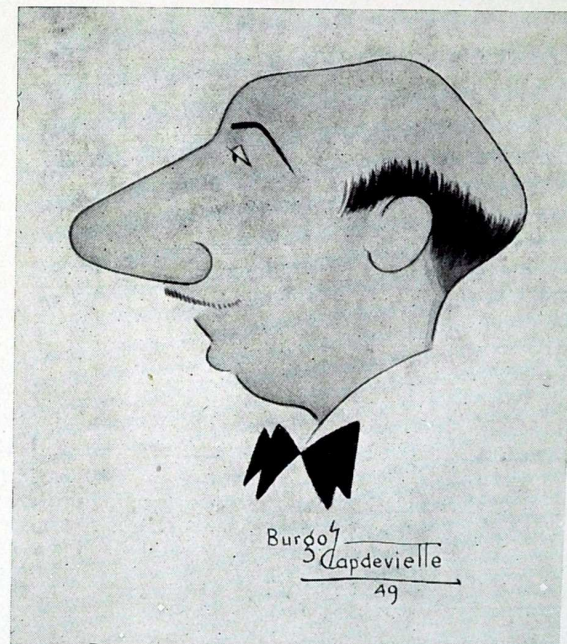
# EL MINUÉ

(1903)

MÁS movido y grato que el anterior, fué en Cáceres el año 1903, marco de un suceso, resonante en los fastos sociales, que ha perdurado en la memoria de los cacereños: el Minué. Todo lo restante fueron perfiles, trazos momentáneos, olvidados pronto, si bien para nosotros tengan hoy algunos de ellos su gracia y su curiosidad.

Gracioso es, en efecto, saber que en este año pasó por la ciudad, entre la admiración de todos, el automóvil de la familia Pacheco, de Mérida, «vehículo de la muerte»—decía un periódico—, que realizaba la maravilla de alcanzar una «marcha de veinte a veinticinco kilómetros por hora». Gracioso es también recordar que el 21 de Abril celebró un «mitin» en el Teatro *Variedades* el flamante partido republicano, cuyo Comité Directivo presidía don Eladio Marcos y estaba formado por don Manuel Mateos Cedrún, don Antonio Rubio, don Manuel Criado, don Víctor Sociats, don Pedro Saborid, don Germán López y don Manuel Sánchez del Pozo, radicando la gracia en que estos buenos idealistas jamás consiguieron representación política ni afiliados.

Curioso resulta el traer a la memoria que en 1903 hubo en Cáceres un Orfeón, presentado al público con gran éxito, y una Estudiantina, formada por los obreros de la fábrica de corcho; que la Banda Municipal se disolvió y fué reorganizada gracias al espíritu de sus componentes, pues el Ayuntamiento dijo que no podía destinar un solo céntimo a su sostenimiento; que comenzó a construirse el edificio de la Sucursal del Banco de España; que fué destruida, sin dejar rastro, la ermita del Humilladero; que el cuarto batallón de Infantería de Montaña, que guarnecía nuestra ciudad, salió para Africa, haciéndose gestiones por todas las fuerzas vivas, hasta elevando un memorial al Rey, a fin de que se destinase a la plaza guarnición fija; que la Santísima Virgen de la Montaña estuvo en Santa María más de mes y medio, durante la muy lluviosa primavera; que un cinematógrafo, montado por don Antonio de la Rosa en *Variedades*, exhibía bellísimos cuadros, siendo los más admirados—¡nada hay nuevo!—los de *Ali Babá y los cuarenta ladrones*; que se formó en los campos cacereños la ganadería de reses bravas de los hermanos García Becerra; y finalmente, que en una tertulia del «Círculo de la Concordia» cuajó la idea de hacer un nuevo Teatro, suscribiéndose acciones y designándose para hacerlo la casa de don José de la Peña, en la calle de Margallo, aunque luego se varió de idea y ni se hizo allí, sino en San Antón—tardando veintitrés años en construirse—, ni se llamó de Antonio Hurtado, como pedían los intelectuales



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Fernando Bravo y Bravo

cacereños, sino que fué bautizado con el nombre incomprendible —más incomprendible no habiendo en la ciudad ningún otro, al terminarse— de Gran Teatro.

Perfiles y trazos de gracia o curiosidad se han olvidado, dejando, como dijimos, que el año 1903 sea tan sólo el año del Minué. De la transcendencia que se dió al suceso nos haremos idea diciendo que la *Revista de Extremadura*, la gran publicación de elevados tonos culturales, se hizo eco de él, amplia y elogiosamente.

El alma del Minué fué doña Matilde Navas, esposa de don Juan García-Pelayo, señora de fino y animado espíritu, cuyas fiestas de sociedad, organizadas en su casa—la número 1 de la entonces calle de Barrio Nuevo—, alegraron los albores de la centuria. En su domicilio se hicieron los ensayos y se ejecutó el baile, si bien el acontecimiento resonante tuvo lugar en la Concordia. La parte directiva de realización, estuvo a cargo del joven Andrés Sánchez de la Rosa.

La noche del Martes de Carnaval, 17 de Febrero, reunióse en los salones del *Círculo de la Concordia* toda la sociedad cacereña, en aglomeración sin precedente. «Se plantaron en el Casino—decía un cronista—personas que jamás abandonan su camilla... las que están de luto acudieron disfrazadas». En la puerta del edificio, patio y escaleras, se apiñaba el elemento popular, para ver la llegada de los minuetistas.

A las doce en punto, la orquesta inició los acordes de un minué, en medio de un silencio absoluto y de una expectación indescriptible. Las ocho parejas que formaba el grupo de bailarines, fueron entrando, una a una, en el gran salón, a paso rítmico, ajustado a los compases de la música. Abría marcha Soledad García Pelayo, luciendo traje gris blanco, salpicado de flores *pompadour*, con *paniers* de raso rojo, que daba la mano a Andrés Sánchez de la Rosa, vestido de rojo y oro. Seguían María Berjano—de raso marrón y recogidos de seda rameada—con José Zugasti—de rojo—; Julia García-Pelayo—gris blanco y azul—con Pablo Callejo—de azul—; Elisa Callejo—brocado rosa y verde—con Diego Cabrera—de los mismos colores—; Enriqueta Elías—gris. verde y blanco—con José Carvajal—de verde—; Matilde García-Becerra—verde nilo y encajes—con Fernando García-Becerra—de verde y oro—; María Osuna—blanco y verde—con Jacinto Carvajal—a juego con su pareja—, y Adela Carvajal—actual Marquesa de Camarena la Vieja, de rosa y azul—con Gonzalo Carvajal—de azul y oro—.

Colocados en sus puestos respectivos, comenzó con cronométrica precisión la danza. Mientras los violines desgranaban suaves cadencias, las parejas se movían entre ceremoniosos saludos y artísticas cadenas. Cada sonrisa, cada gesto, cada mohín, tenía su encaje justo, su momento exacto. Los lujosos trajes y las empolvadas cabezas, daban realidad al ensueño dieciochesco.

Una prolongada salva de aplausos premió la danza, que había durado más de veinte minutos.

En todo el año, antes y después del Martes de Carnaval, no se habló en Cáceres más que del Minué. Una revista anotaba: «Los en-

sayos que venían haciéndose de él durante el invierno, fueron motivo de conversación obligada en todas las casas». Un periódico escribía, comentando la fiesta: «No ha sido un suceso más o menos saliente, no; ha sido algo más, mucho más... un acontecimiento que entra en la categoría del arte y del que perdurará el recuerdo».

Y, efectivamente, el recuerdo perduró. Los que no alcanzamos a conocer la fiesta, la oímos referir con todo detalle, muchos años después; las bailarinas de entonces—abuelas de hoy—siguen evocando la noche aquélla, que en los anales de la sociedad cacereña quedó recogida—y no hay ironía en la afirmación—con el mismo destaque con que la Historia de España recoge la gesta de Covadonga, el descubrimiento de América o la batalla de Lepanto.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



## IDEARIO EXTREMEÑO

La filosofía es la perfección de la voluntad, y el maligno, el destructor, el envidioso, el delator, el malsín y el enemigo capital de las tareas o felicidades ajenas no pueden pasar por filósofos, sino entre sí mismos, y aun por eso son ellos los que se aplican a sí mismos este venerable renombre, desacreditado miserablemente por el abuso que han hecho de él tales sabandijas.

La filosofía es la modestia, la decencia, la desconfianza, el decoro, la propiedad, el examen profundo de las cosas, la larga y escrupulosa experiencia, la rectitud del raciocinio; todo esto y muchísimo más es la filosofía, si señor; y ¿hacia qué parte les caen estas prendas a estos pobretes que están pronunciando a cada momento y haciendo corcovos y aspavientos dignos del teatro de Italia, esta misera y desgraciada voz?

JUAN PABLO FORNER

## PAISAJE DEL EPILOGO

Un paisaje de sábanas de lino  
se columbra en la estancia. La ventana,  
abierta al rosicler de la mañana,  
otea por el silencio del camino.

Cuelga de un clavo el yelmo de Mambrino  
que tiene en su metal una luz vana;  
en la mesa reposa la tisana  
junto al texto de un clásico latino.

Don Quijote revuélvese en el lecho;  
un ayer que en sus carnes aún perdura,  
dá a sus ojos fulgor, latido al pecho.

Y con débil palabra dice al Cura:  
—Sabéis, amigo mío, que sospecho  
que la razón es mi mayor locura?—

CELSO GALVAN

